

bienes, quiso por puro amor encerrarse conmigo, prefiriendo al placer de la libertad el triste consuelo de hacerme compañía en mis trabajos.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

AVEN-

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Del mayor gusto que Gil Blas tuvo en su vida, y del funesto accidente que le turbó. Novedades sucedidas en la Corte, que fueron causa de que Gil Blas volviese á ella.

Ya dexamos dicho que Antonia y Beatriz se acordaban admirablemente las dos; la una acostumbrada siempre á obedecer como criada, y la otra comenzando á acostumbrarse á mandar y disponer como ama. Scipion y yo éramos dos maridos condescendientes, y muy amados de nuestras mugeres, lo que nos daba bien fundadas esperanzas de que uno y otro tardariamos poco tiempo en ser padres. Con efecto fue así, porque ambas se sintieron embarazadas casi al mismo tiempo. Beatriz fue la primera que parió y dió á luz una bellissima niña; siguióla Antonia poco despues llenándonos de alegría con un niño no

x 2

me-

menos hermoso que rollizo. Mi secretario fue luego en posta á Valencia con esta alegre noticia. El Gobernador vino inmediatamente á Liria en compañía de Serafina y de otra señora, que era la Marquesa de Priego, á sacar de pila á los recién nacidos, teniendo el gusto de hacernos esta nueva honra, y darnos esta prueba mas de su amor y de su cordialidad, sobre tantas otras como nos habian dado. El Gobernador y la Marquesa se brindaron á ser padrinos de mi hijo, y quisieron ponerle el nombre de Alfonso. La Gobernadora me dispensó tambien el honor de que fuese compadre suyo por dos títulos, ofreciendo ser madrina juntamente conmigo de la hija de Scipion, á quien llamamos Serafina.

El nacimiento de mi hijo no solamente fue celebrado en mi casa: celebráronle tambien todos los vecinos de Liria, para que todos conociesen el amor que todo el lugar profesaba á su señor. ¡Mas ah, y qué poco duró nuestra alegría! muy presto se convirtió toda en gemidos, en llantos y en lamentos por un suceso que en mas de veinte años no he podido olvidar, y le tendré siempre tan presente como el mismo dia en que sucedió. Murió mi querido hijo, y pocos dias despues le siguió su buena madre, sin embargo de haber tenido el parto mas feliz; pero la sobrevino una maligna y violenta calentura que me la arrebató á solos catorce meses de nuestro matrimonio. El lector podrá concebir, si le fuese posible, hasta donde llegaría mi dolor; caí en

un abatimiento, y en una estupidez inexplicable; parecia haber quedado insensible á fuerza de sentir lo que habia perdido. Pasé cinco ó seis dias en tan lamentable estado, sin querer ni poder tomar alimento alguno, y creo que á no ser por Scipion me hubiera dexado morir de hambre, ó hubiera perdido enteramente el juicio; pero mi sagaz y fidelísimo secretario supo divertir mi dolor, y poco á poco irme conduciendo á la debida resignacion y christiana conformidad. Halló modo de hacerme tomar algunos sorbos de caldo, presentándomelo con un semblante tan triste que parecia me le ponía delante menos por entretener mi vida que por fomentar mi afliccion. Este fino criado escribió al mismo tiempo á Don Alfonso informándole de las desgracias que me habian sucedido, y de la miserable situacion en que me hallaba. Vino volando á Liria aquel señor tierno y compasivo, no menos que generoso amigo. No puedo acordarme sin enternecerme de lo que me dixo luego que me vió. Amado Santillana, me dixo echándome los brazos al cuello, no vengo á consolarte, vengo solo á llorar contigo la pérdida de tu amable Antonia, así como tú irías á llorar conmigo la de mi adorada Serafina, si el Señor me la hubiera llevado. Con efecto derramó algunas lágrimas, acompañando las suyas con las mias. En medio de que la tristeza me tenia fuera de mí, no dexaron de excitar en mí un vivo reconocimiento las bondadosas demostraciones del nobilísimo corazón de D. Alfonso.

Además de esto tuvo una larga conversacion con Scipion sobre los medios que se podian tomar para divertir mi dolor y consolarme. Juzgaron muy cuerdamente que el primero de todos debia ser sacarme de Liria, donde quanto veía me renovaba á cada momento la memoria de mi Antonia. Convenidos en esto me propuso el hijo de Don Cesar si queria ir con él á Valencia. Scipion esforzó esta proposicion que no pude menos de aceptar. Dexé, pues, á mi secretario, y á su muger en la Quinta, donde no veía cosa que no aumentase mi melancolía, y partíme á Valencia con el Gobernador. Luego que me vieron en su casa Don Cesar y su nuera, no perdonaron á medio alguno para alegrarme y divertirme; hicieron quanto pudieron discurrir para disipar mis negros pensamientos, pero estaba tan poseido de una sombría tristeza que nada pudieron conseguir. Nada omitia tampoco por su parte Scipion de quanto creía pudiese contribuir á restituirme en mi antigua tranquilidad. Venía frecuentemente á Valencia para informarse por sí mismo de mi verdadera constitucion, y se volvía á Liria mas alegre ó mas triste, segun me veía mas ó menos dispuesto á consolarme. Esta señal de su fidelidad y afecto mereció entonces, y aun despues, todo mi agradecimiento.

Una mañana entró muy azorado en mi quarto, y me dixo: Señor, corre por la ciudad una voz que interesa á toda la Monarquía. Se dice que ha muerto el Rey, y que ya ocupa

el Trono el Príncipe su hijo. Añaden que el Cardenal Duque de Melar fue retirado de su empleo con prohibicion de presentarse en la Corte, y que está ya en posesion de primer Ministro el Conde de Valdeories. Esta noticia me conmovió algun tanto sin saber por qué. Conociólo Scipion, y me preguntó si me interesaba algo aquella gran novedad. ¿En qué quieres que me interese? le respondí con viveza, y al parecer no sin algun enfado: dexé á la Corte de una vez, y todas sus mudanzas son y deben ser para mí una cosa muy indiferente.

En verdad, señor, me replicó mi honrado criado, que para un mozo de su edad está Vmd. demasiadamente desprendido del mundo. Si yo me hallára en su pellejo no dexaria de tentarme mucho la curiosidad. Iria á Madrid, aunque no fuera mas que por ponerme delante del nuevo Rey, y tener el gusto de ver si se acordaba ó no de haber visto alguna vez mi cara. Esta diversion no la perdonaría. Ya te entiendo, repuse yo. Tú quisieras que yo volviera á embarcarme en el gran mundo y á probar fortuna, ó por mejor decir, á ponerme otra vez en tentacion de ser injusto, avariento y codicioso. No amigo, espero en Dios que no te verás en ese espejo. ¿Pues qué! volvió á replicarme Scipion, ¿todavía teme Vmd. que el mundo le estrague sus buenas costumbres? Tenga Vmd. mas confianza en Dios y en su natural propension á la virtud. Yo salgo por fiador de estas. Las christianas re-

flexiones que ha hecho despues de su desgracia sobre los peligros y lazos de la Corte, son muy propias para precaverle de ellos. Así que no se acobarde Vmd. y vuélvase á embarcar animosamente en un mar, cuyos escollos tiene tan de antemano previstos y perfectamente conocidos. Calla necio adulador, le interrumpí medio sonriéndome; ¿qué? ¿estás ya cansado de verme quieto y tranquilo? Créia yo que te mereciese mas amor mi paz y mi sosiego.

Aquí llegaba nuestra conversacion quando se dexaron ver en mi quarto Don Cesar y su hijo. Confirmáronme ambos la noticia de la muerte del Rey, y la desgracia del Cardenal Duque de Melar; añadiendo que habiendo éste pedido licencia para retirarse á Roma no la pudo conseguir, antes bien se le mandó que fuese á vivir en su Marquesado de Denia. Despues como si estuvieran ambos de acuerdo con mi Secretario me aconsejaron que partiese á Madrid y me presentase al nuevo Rey, puesto que ya me conocia, y le había hecho aquella especie de servicios de que jamas se olvidan los Grandes ni los Soberranos para recompensarlos con gusto particular. Yo á lo menos, dixo Don Alfonso, no tengo la menor duda de que el Rey se acordará de los tuyos, ni de que dexé de pagar las deudas que contraxo el Príncipe de Asturias. Lo mismo siento yo, dixo Don Cesar, y aun el corazon me está diciendo que el viage de Santillana á la Corte le ha de abrir camino á los mayores empleos.

Per-

Perdónenme, señores, exclamé yo entonces, si me propaso á decirles que me parece no han pensado mucho lo que me aconsejan. Segun el modo con que Vmds. se explican dan á entender uno y otro que están persuadidos á que solo con dexarme ver en Madrid lograré la llave dorada, ó á lo menos uno de los mejores Gobiernos. Quiero sacarles de este error. Tan lejos estoy de pensar como Vmds. piensan, que vivo en el firme concepto de que el Rey, aun quando yo me ponga en su presencia, ni siquiera reparará en mí, y solo por desengañarlos, ya que lo quieren así, digo que iré á hacer la prueba. Tomáronme luego la palabra los señores de Leiva, y me apuraron tanto, que no pude menos de prometerles que quanto antes partiria á Madrid. Quando mi Secretario oyó esto se llenó de una inmoderada alegría, imaginándose que lo mismo sería ponerme delante del Rey, aunque fuese confundido entre la turba multa, que distinguirme entre todos, llamarme por mi nombre, hacerme mil favores y finezas, llenándome de honores y de bienes. Sobre este pié, forxando en su fantasía mil quimeras, me consideraba ya elevado á los primeros cargos de la Monarquía, y él mismo se figuraba superior á todo el mundo, arrimado á mi soñada elevacion.

Dispúseme, pues, para mi viage á la Corte, no ya con el pensamiento de volver á incensar la fortuna, sino precisamente por complacer á Don Cesar y á su hijo, á quienes se les habia metido

TOMO IV.

Y

en

en la cabeza, y esto sin la menor duda, que inmediatamente me levantaria con toda la gracia y confianza del Soberano. La verdad es que á mí tambien me picaba un poco la curiosidad de ver si el Rey se habia olvidado enteramente de mí. Arrastrado de esta natural curiosidad, pero sin esperanza ni aun pensamiento de lograr la mas minima ventaja en el nuevo reynado, tomé el camino de Madrid acompañado de Scipion, dexando el cuidado de mi hacienda á Beatriz con entera satisfaccion de que todo lo gobernaria bien.

CAPITULO II.

Parte Gil Blas á Madrid, déxase ver en la Corte, reconócele el Rey, recomiéndale á su Ministro, y efectos de esta recomendacion.

En menos de ocho dias llegamos á Madrid, habiéndonos dado Don Alfonso los mejores caballos que tenia para que hiciésemos el viage con mayor diligencia. Apeámonos en el meson de Vicente Forero, mi antiguo huesped, quien me alojó en el quarto principal, mas que decentemente alhajado.

Era el mesonero un hombre que se preciaba de estar muy informado de todo lo que pasaba en la Corte y en el pueblo, y como ya sabia

yo que adolecia de esta presuncion le pregunté ¿qué habia de nuevo? Muchas cosas, me respondió prontamente. Luego que murió el Rey, los parciales del Cardenal Duque de Melar jugaron muchos resortes para mantenerle en el Ministerio, pero todo fue inútil, porque el Conde Valdeories pudo mas que todos ellos. Quieren decir que España nada fue á perder en esto, porque el nuevo primer Ministro es capaz por sí solo de gobernar la Monarquía, y aun el mundo entero. Lo que no admite duda es que la nacion ha concebido las mayores esperanzas de su gran capacidad. El tiempo nos dirá si el sucesor del Duque de Melar llena ó no llena el puesto que ocupaba su antecesor. Empeñado ya Forero en una conversacion tan de su genio, me hizo una muy menuda relacion de todas las novedades que habian acaecido en la Corte desde que el Duque de Melar habia sido removido, y pasado á otras manos el timon de la Monarquía.

Dos dias despues de mi llegada á Madrid me fuí á Palacio quando ya el Rey habia acabado de comer, y de propósito me puse en un sitio por donde necesariamente habia de pasar al restituirse á su quarto. Con efecto transitó por allí su Magestad, y ni aun siquiera me miró. Volví el dia siguiente al mismo sitio y tuve la misma fortuna que el anterior. Repetilo tercera vez, y entonces me dió una ojeada, pero sin la menor señal de haberle merecido atencion mi persona. ¿Haslo visto por tus propios

172 *Las Aventuras de Gil Blas.*

ojos? dixe entonces á Scipion. ¿No ves que el Rey no me ha conocido, ó si me ha conocido, no ha hecho el menor caso de mí? Lo mas acertado será volvernó por donde hemos venido. Poco á poco, señor, me respondió mi secretario, no hay que darnos tanta priesa. Sabe Vmd. mejor que yo que para negociar en la Corte es menester sorna y paciencia. No dexé Vmd. de ponerse delante del Rey siempre que pueda. ¿Quién sabe si á fuerza de ver tantas veces delante de sí un objeto, caerá finalmente en cuenta y volverán á representarse con viveza en su imaginacion las facciones de su antiguo y fiel agente con la bella Catalina?

Solo porque Scipion no tuviese que reconvenirme ó echarme en cara con el tiempo, me reduxe por complacencia á darle gusto y á continuar diariamente la misma maniobra por espacio de tres semanas. Llegó finalmente un dia en que el Rey, ó cansado ya de verme, ó dándole golpe mi diaria presencia, me mandó llamar. Entré en su cámara, no sin grande sobresalto y turbacion, viéndome solo y mano á mano con mi Rey y Señor. ¿Quién eres? me preguntó inmediatamente, porque me parece haberte visto otra vez, mas no caigo en cuenta de tu nombre. Señor, le respondí con voz trémula y cortada, soy uno que en cierta ocasion tuve la honra de conducir á V. M. en compañía del Conde de Sumel á casa de la señora.... Ah! ah! interrumpió el Príncipe, ahora si que me acuerdo.

Tú



Rod. grabo.

Manda el Rey entrar á Gil Blas á su gabinete le trata con cariño, y manda al Ministro le de un buen empleo.

Tú eras secretario del Duque de Melar, y tu nombre, sino me engaña la memoria, ha de ser *Fulano Santillana*. No me olvido de que en aquel lance me serviste con zelo, ni tampoco de que fueron muy mal pagados tus servicios. Dime: ¿no es así que estuviste preso por la tal aventura? Sí señor; seis meses estuve por ella en el Alcázar de Segovia, pero al cabo debí á vuestra Real bondad que me hiciese salir de él. Eso, respondió el Monarca, no desemeñó la obligacion que contraxe con Santillana; no basta haber hecho que se le pudiese en libertad, debo premiarle tambien lo mucho que padeció por haberme servido tan fielmente.

Al acabar el Rey de decir estas palabras, entró en el gabinete el Conde Valdeories. Todo sobresalta, y todo se hace sospechoso á los favoritos de los Soberanos. Sorprehendióse estrañamente el Conde quando vió mano á mano con el Rey á un hombre desconocido, pero quedó mucho mas sorprehendido, quando volviéndose S. M. al Ministro le dixo: Conde, pongo en tus manos á este buen hombre, te encargo que le des algun empleo y procures adelantarle. Afectó el Ministro recibir la orden del Rey con la mayor sumision y complacencia, y mirándome con mucho cuidado de pies á cabeza se salió pensativo y deseoso de saber quién era yo. Vete en paz, amigo, me dixo entonces el Rey, haciéndome señal de que me retirase: no du-

dudes (añadió) que el Conde te empleará en alguna cosa de mi servicio, de tu honor y de tu mayor conveniencia.

Salí del gabinete y fuíme derecho á donde me estaba esperando el fiel Scipion, muy impaciente por saber lo que habia pasado en la audiencia del Monarca. Inmediatamente que me vió me preguntó muy azorado, ¿qué tenemos de nuevo? ¿hemos de volvernos luego á Valencia, ó mantenernos todavía en la Corte? Tú lo podrás juzgar, le respondí; y contéle palabra por palabra todo lo sucedido en el breve rato que estuve con el Rey. Y bien, repuso Scipion, en el primer transporte de su alegría: ¿se burlará otra vez Vmd. de mis pronósticos? Confiese ya, mal que le pese, que ni los señores de Leiva ni yo discurriamos tan mal quando le instábamos tanto sobre que se presentase luego en Madrid. Ya tengo yo destinado en mi mente el puesto que ha de ocupar; esté Vmd. cierto de que será el Roncal del Conde Valdeories. No lo permita Dios, le respondí; eso es justamente lo que yo no quiero, porque es un empleo rodeado de precipicios y lleno de tentaciones. Acordándome de lo que abusé en otro muy semejante en tiempos pasados, no debo fiarme de mí, ni exponerme temerariamente á las ocasiones de precipitarme en la ambicion y en la avaricia, y así solo apetezco un empleo donde no tenga facultad para hacer injusticias, y en que pueda servir al Rey, á la patria y á algunos amigos. Animo,

mo, señor, me replicó Scipion, el Ministro os colocará en algun puesto que podais desempeñar dignamente sin perjuicio de vuestro honor ni de vuestra conciencia.

Movido mas de las instancias de Scipion que de los impulsos de mi curiosidad, madrugué al dia siguiente mucho antes de la aurora, y me fuí derecho á casa del Conde Valdeories, noticioso de que aquel Ministro se levantaba todos los dias dos horas antes de amanecer, y que con luz artificial daba audiencia á los que querian hablarle á aquellas horas. De propósito me arrimé á un rincon de la sala por modestia ó por encogimiento, y desde allí observé al Conde muy á mi satisfaccion luego que se dexó ver, porque en Palacio muy de estudio le habia mirado poco. Era un hombre de menos que mediana estatura, que podia pasar por gordo en un pais donde son pocos los que no inclinan á flacos; las espaldas tan elevadas, y tan hundida en ellas la cabeza, que mirado de frente se representaba giboso, aunque no lo era en realidad; la cabeza tan gruesa y tan pesada que no pudiendo sostenerse derecha, naturalmente se dexaba caer como derribada sobre el pecho; cabello negro y lacio, cara larga, color aceytunado, barba puntiaguda, y un si es no es elevada en arco, caminando á dar con la nariz, lo que hacia parecer la boca como escondida ó encubierta.

El conjunto de estas facciones no le representen-

sentaban á la verdad un señor muy galán. Con todo eso como yo me le figuraba inclinado favorablemente hacia mí, le miré con cierta afición y no me pareció tan feo como era. Fuera de eso recibia á todos de un modo tan apacible y grato, tomaba los memoriales que le presentaban con tan buena gracia, que estas bellas modales suplían con ventajas todo lo que podia faltar de recomendacion á su irregular figura. Sin embargo, quando yo me acerqué para saludarle y para que me reconociese, me miró con ojos ceñudos y centellantes, me volvió como enfadado las espaldas, y sin darme tiempo á que le dixese una palabra, se entró arrebatadamente en su gabinete. Entonces sí que me pareció aquel señor tan feo como lo era en la realidad y quizá mas. Salí de la sala verdaderamente aturdido sin ver la tierra que pisaba, pasmado de un recibimiento tan áspero y desabrido, no sabiendo á qué atribuir aquella estraña novedad.

Encontréme luego con Scipion que me estaba esperando á la puerta, y díxele inmediatamente: ¿á que no sabes cómo me ha recibido el Ministro? No lo sé, me respondió, pero es bien fácil adivinarlo. Atentísimo el Ministro á complacer al Soberano, os recibiria con mil demostraciones de estimacion y de cariño; os ofreceria su amistad y todo su valimiento, concluyendo con proponeros varios empleos á qual mas considerables, y dexaria en vuestra mano la eleccion. Sí, por cierto, repuse yo; así fue

ni

ni mas ni menos, solo que te engañas miserablemente, pues sucedió todo lo contrario. Reférrile entonces el lance conforme habia pasado; oyóme con atencion, y me dixo: una de dos, ó el Conde no conoció á Vmd. ó sin duda le tuvo por otro. Mi parecer es que le vuelva Vmd. á ver, y no dude que le recibirá con mejor cara. Tomé el consejo de Scipion; púseme segunda vez en presencia del Conde, y éste me recibió todavía peor que la primera; miróme con un terrible sobrecejo, y sin hablarme palabra me volvió luego las ancas retirándose á su gabinete con ademan desdeñoso y enfadado, como si le molestase mi presencia.

Llegáronme al alma tan repetidos desayres, y fue tal mi despecho que determiné volverme á Valencia aquel mismo día, pero á esto se opuso Scipion con todas sus fuerzas, no pudiendo resolverse á renunciar las grandes esperanzas que habia concebido. ¿No conoces, le dixé yo, que el Conde tiene gana de alejarme de la Corte? Habiendo visto él mismo la inclinacion con que me mira el Monarca, y oido las expresiones con que me recomendó, ¿no basta esto para que su válido entre en zelos, me mire con malos ojos, y me aborrezca de muerte? Cedamos, pues, al tiempo, y hagamos voluntaria esta cesion sin esperar á que nos fuerce á ello la violencia; rindámonos al poder de un enemigo tan superior. Señor (me replicó encendido en cólera contra el Conde Valdeories) si yo fuera que Vmd. me iria

á echar á los pies del Rey , y no abandonaria cobardemente el terreno , antes bien me quejaria altamente á S. M. del poco caso que el Ministro habia hecho de su Real recomendacion. ¡Malísimo consejo! exclamé yo ; si diera un paso tan imprudente , presto me arrepentiria de él. Lejos de eso aun sin haberle dado ni pensar en darle jamas , no sé si estamos seguros en esta villa.

Quando mi secretario me oyó hablar de esta manera entró dentro de sí mismo , y considerando que las habiamos con quien de un instante á otro podia volvernó á encerrar en el Alcazar de Segovia , conoció al fin que yo tenia razon , y no oponiéndose ya á mi pensamiento de dexar quanto antes á Madrid , quedamos en emprender nuestro viage al amanecer del dia siguiente.

CAPITULO III.

Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en execucion el pensamiento de abandonar la Corte , y del importante servicio que le hizo su amigo Joseph Navarro.

Al restituirnos al meson encontré en la calle á Joseph Navarro , aquel primer oficial en la oficina de Don Baltasar de Zúñiga. Lleguéme á hablarle , aunque acordándome de quan mal me ha-

bia

bia portado con él ; saludéle cortesmente , y le pregunté si me conocia , y si la bondad de su corazon llegaria á tanto que se dignase reconocer á un antiguo servidor y favorecido suyo , que verdaderamente habia correspondido mal á su amistad , y á sus finezas. ¿ Luego Vmd. mismo confiesa (me respondió) que no se portó bien conmigo ? Sí señor (le dixé yo) confiésolo francamente , y añado que tendrá Vmd. mil razones para decirme quanto quisiere , llenándome de improperios ; todo lo tengo bien merecido , si ya no fueron bastante satisfaccion de mi ingratitud los crueles remordimientos que la siguieron. Ya que Vmd. está tan arrepentido de su culpa (me respondió Navarro) no debo yo acordarme de ella , y diciendo esto me echó los brazos al cuello. Yo tambien le estreché quanto pude entre los mios , y uno y otro volvimos desde aquel instante á la misma amistad y confianza que antes. Habia sabido mi prision , y el desórden en que se hallaban mis negocios , pero ignoraba lo demas. Informéle menudamente de todo , hasta de la conversacion que habia tenido con el Rey ; contéle lo mal que siempre me habia recibido el Ministro , y no le callé la resolucion en que estaba de retirarme á mi soledad. No hagais tal disparate , me dixo interrumpiéndome , puesto que el mismo Rey os hizo tan graciosa acogida , es indispensable que os sirva de algo su poderoso favor. Aquí para entre los dos : el Conde Valdeories tiene sus extravagancias ; es capricho-